

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Dominica XX despues de Pentecostés.

(Continuacion.)

Vino la muerte, y no hubo entre sus deudos quien le diese la vida, teniendo á la mano las fuentes de la vida. ¿Puede darse mayor crueldad? ¡Que el enfermo se alarmará! ¡Que se agravará si se le hace la menor indicacion! ¡Que la presencia del Confesor y la venida del Santo Viatico precipitará su muerte! Asi proceden las familias sin fé, sin conciencia, y sin caridad. ¿Quién ha demostrado que los enfermos se agravan con los auxilios espirituales? La esperiencia enseña lo contrario. ¿Cuándo es mas necesario el consuelo y la fortaleza que en la hora del dolor y de los desmayos? ¿Y quién puede dar consuelos y alientos como el Confesor, Ministro del Dios de toda

consolacion, y fiel dispensador de sus inefables misterios? Por ventura ¿tienen fé los deudos que cierran á Jesucristo la entrada en su domicilio? ¿Y donde está su caridad? El infeliz enfermo se halla á las puertas de la eternidad.

Los momentos no pueden ser mas criticos. Se trata de una necesidad apremiante. Si el enfermo recibe los Santos Sacramentos, si Jesús viene á su morada, se salva; si no viene, se condena. Está planteado el formidable problema de su eterno destino, y la solucion se halla en manos de su familia. Y la familia, ¡oh crueldad inaudita! por no alarmar al enfermo, le priva de los auxilios religiosos y le condena á una desventura eterna. Yo no sé si hay pecado como este pecado; lo que sé ciertamente, es que este pecado con ser tan horrendo se

comete con una frecuencia que aflige, y con una sangre fría que espanta. Oigan, pues, las familias que ese pecado cometen, y escuchen las que aprueban un proceder tan insensato como anticristiano: Ellas responderán de aquella alma ante el tribunal de Dios que dice por su profeta. *Sanguinem ejus de manu vestra requiram.* Pagareis alma por alma, muerte por muerte, eternidad por eternidad. Sí; crueldad inaudita y gravísimo pecado cometen las familias que privan á sus enfermos de los auxilios religiosos. Porque en aquella hora tremenda, cuando va á decidirse la suerte eterna del hombre; cuando la lucha se hace mas grave, y la tentación mas fuerte y mas difícil la victoria; cuando el enfermo necesita luces y fuerzas sobrenaturales, privarle de estas gracias divinas, de estas fuerzas sobrenaturales, de estos consuelos celestiales que se contienen en los Santos Sacramentos, equivale á cerrarle las puertas del cielo y arrojarle despiadadamente en el abismo de las eternas desventuras. ¡Desgraciado! Por una compasión mal entendida que es una monstruosa inhumanidad, labraron su perdición eterna aquellos mismos que debían procurarle su eterna salvación. No se piensa cristiana-

mente, ni se medita de corazón. Al ver la conducta de muchas familias cristiana, diríase que consideran como un enemigo al Sacerdote, como un verdugo al mansísimo Jesús, y como un mal la recepción del Santo Viático. ¿Dónde está la fé? ¿dónde la esperanza? ¿dónde el amor de Dios y de los deudos enfermos? ¿Dónde está siquiera la sensatez cristiana? Digamos nosotros con fé viva como el Régulo del Evangelio: Señor, dignáos venir á nuestra casa cuando estemos postrados en el lecho de la aflicción. Porque adonde quiera que vas, la gracia, la salud y los consuelos van contigo. Tú eres la resurrección y la vida. Dichosos los que mueren en vuestra amistad. Porque morir en vos, es *saltar al bagel que aporta á las playas eternas*: es dejar este campo de batalla para ceñir en vuestro reino la corona de la vida eterna.

Amen.

Z. M.

VARIEDADES.

El paraíso y el valle de lágrimas.

SARA.—¿Qué sucedió en mi casa?

AGAR.—Lo que en todas partes.

—S.—¿Cómo? ¿Viven llorando las gentes y contristadas las familias?

A.—No por cierto. ¿Pues qué? ¿Vives

tú afligida y viste luto la parentela tuya?

S.—¡Ah! ¡Luto amargo, el de mi corazón; llanto desolador el de mi alma!

A.—Pues ¿qué pasa?

S.—¡Orden inverso! Ya me preguntas lo que yo anhelaba saber de tí. Pues has de entender que yo no comprendo como puede haber regocijo en el mundo, ni paz en el corazón ni en las almas sosiego; y, sin embargo, llegan á mi casa rumores de fiesta continua en la ciudad.

A.—¡Ya! Estás fuera del concierto, ¿no es verdad?

S.—¡Concierto! Pues si con solo ver como andan las gentes se cobra miedo. De un lado, gritos y algazara; de otro, ademanes descompuestos: allí cae uno, aquí caen unos sobre otros en confusión horrible, y donde quiera, todo se convierte en bullicio.

A.—Juzgas á tu manera. Te has formado de lo que pasa en el mundo una idea muy triste. ¿No comprendes que la tierra no puede ser un paraíso? Y si lo fuera, ¿qué imagen mas viva del Eden que la de hacer cada uno lo que le agrada?

S.—También piensas tú de un modo especial tuyo. Lo que pasa en el mundo es tal como place á los que le rinden culto. Pero mira, Agar, entre un paraíso y entre el desorden, cabe el juicio, caben los recreos y la distracción, y la cordura no condena ninguna clase de esparcimientos racionales. Lo que tú entiendes ser imagen del Eden, no es mas que el fiel trasunto de los excesos. Paraíso en el cual toman unos y otros el fruto de bueno ó dañado, segun place á la vista, y donde alcanza la mano, desde luego

deja de ser herencia de los justos. Mas entiende que es lugar de peligros. A la sombra de sus árboles y percibiendo los aromas de flores vistosas, murieron muchos, otros se aletargaron. ¿Crees tú que hay cabeza tan firme que no sufra mareos entre la rosa y el jacinto, entre el clavel, la lila y el azahar? ¿Crees que el corazón humano, pequeño como es, se llena con lisonjas que adormecen y con libaciones que trastornan? No, por cierto. Anda en medio de todos el demonio de los celos sembrando en los corazones semilla de inquietudes; y, al despertar se encuentra el corazón solo con sus angustias, solo con sus desdichas, solo y sin consuelos.

A.—¡Pintar como querer! ¿No ves tú, sin embargo, que pasada la borrasca vuelve el mundo á los felices devaneos de la imaginación y del capricho? ¿Me explicarás como sucede esto?

S.—Tú sabes que no habla así la razón, pues me ha faltado que pintar la miseria, el despecho, la desesperación y las angustias de un corazón burlado en sus delirios. Por ventura, Agar, ¿no has oído, no sabes de los tuyos, no lloras de entre tus amigos alguna víctima del vicio, algun extravío mental, alguna muerte prematura causada por los extragos del mal presumido bien? ¿Tú misma hallas en tu corazón la dicha ansiada por los mundanos? ¿Nada recuerdas sobre lo implacable de las concupiscencias? ¿Te has olvidado de la tiranía ejercida por las pasiones? Y por ventura, ¿sálteste satisfecha de algun festín? Yo llegué á entender que la sed de fiebre, si no es satisfecha, perturba el corazón; si lo es,

umenta el fuego que devora la entraña.

A.—Hay de todo. Pero es menester vivir.

S.—De todo hay; mas no dichas ni consuelo en corazones disipados; y como es menester vivir, por tanto débese buscar la ventura donde ella está, pues aun siendo avisada como tú eres, si buscas una cosa donde ella no está, de seguro que no has de hallarla. Poco há sucedido que se hablaba de un tesoro escondido. De mil partes concurren exploradores, ávidos de encontrarlo. Cada cual, segun su ingenio é industrias, puso mano á la obra. Hechas cien calas en lo alto, en lo bajo, en los valles y entre las piedras, el tesoro no parecia, por que no estaba á flor de tierra, y los exploradores lo deseaban sin grandes dispendios, sin fatigas ni sudor. Tan ilusos como indolentes, pedian á la pereza el fruto de los desvelos, y preferian el camino de las flores á lo escarpado de la penitencia. ¿Qué pasó? Era menester quebrantar piedras y removerlas, taladrar montañas y agotar raudales, y por fin dar, no con moneda acuñada, sino con filones ocultos y guardados entre la dureza del mineral. Asi acaece con las dichas del corazon. Están escondidas en lo mas hondo de las privaciones y la mortificacion. Las encuentra el ánimo perseverante, y la abnegacion las reparte á manos llenas. Los tuyos, Agar, tus servidores y amigos son siervos imprudentes y amigos de las esclavitudes. Para ellos, no lo dudes, no hay tesoro, pues lo buscan perezosos en un paraiso, cuando sólo está en un valle de lágrimas.

A.—Hablas en tono de esposa única

de un patriarca; y mimada por extremo, falta á tu ademan y continente la majestad de madre. Engreida en tu corazon por recuerdos de origen, tu padre Tharé no te comunicó la fecundidad. ¡Cómo llenan tu corazon pláticas de conformidad!

S.—¡Abraham, Abraham! Grande en la fé, él es mi dechado. Estéril y todo, no lo soy, en verdad, en resignacion. Diré siempre: ¡Dios proveerá! Al cabo tú, mujer egipcia, sabes despreciarme siendo mi criada. Por ventura, si la esterilidad fuere un baldon ó una pena, ó pudiera ser pecado ó crimen, ó consecuencia de los estragos, ¿será tambien baldon el llanto? ¿Lo será la resignacion? ¿Serán oprobio las humillaciones? Dime Agar. ¿Serás tu feliz, y digno de tu porte, porque yo sufra y padezca? Persuádetes que el Señor del cielo y de la tierra es tambien dueño de los corazones. ¿Quién te ha dicho que no irás mañana por el camino que hoy abandonas?

A.—Siempre lo mismo. Medita, Sara, sobre la diferencia de nuestra suerte. La cuestion es de resultados.

S.—¡Es verdad! Siempre lo mismo. Miras las cosas muy por encima. Con poco seso no se hacen primores; y los de la fé piden tiempo, paciencia y el don de saber esperar.

A.—¡Sorpresa cruel! Vuelvo como herida á tu casa, mujer constante.

S.—Y no has aprendido.

A.—Pues vine como enviada de lo alto.

S.—Créolo asi. Pero desandas facilmente los caminos, y en los del Señor es menester parar sin desistir. Apenas limpia la frente del sudor y libre de fatigas

el pecho, débese proseguir hasta llegar á la fuente de aguas vivas que brotan hasta dar en la vida eterna. No estas bien. Vete de ahí.

A.—¿A donde iré?

S.—¡Dios Omnipotente! Tuyo es el día y tuya la noche. Tú formaste el insecto y pusiste los cimientos de la tierra. Ordenas las estaciones y diriges el movimiento de los astros. Das luz á los pueblos, y tiendas sobre la tierra el manto de las tinieblas. ¡Ah, Señor! en tus manos están la suerte de los imperios y la dicha de los corazones. Dichosos los que á tí van para no volver.

A.—Cual béstia cargada de peso enorme, en medio de privaciones y teniendo escasez, con pan tasado y el agua, me alejo de la fuente donde se refrigera el alma. ¡Desdicha grandel! Imágen de la Sinagoga, voy errante seguida de mi hijo Ismael, compañero mio en el desierto. No tenemos luz ni encontramos guía. El templo, el sacerdocio, Jerusalem, pátria y parentela, todo queda á un lado, y perdida nuestra esperanza de libertad de hijos.

«Porque escrito está: Que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava *Agar*, y otro de la libre, *que era Sara*. Mas el de la esclava nació *según la carne, ó naturalmente*; al contrario, el hijo de la libre nació *milagrosamente* y en virtud de la promesa: Todo lo cual fué dicho por alegorías. Porque esas dos *madres* son las dos *leyes* ó testamentos. La una dada en el monte Sina, que engendra esclavos, la cual es *simbolizada* en *Agar*; porque el Sina es un monte de la Arabia, que corresponde á Jerusalem de aquí

bajo, la cual es esclava con sus hijos. Mas aquella Jerusalem de arriba *figurada en Sara*, es libre, la cual es madre de todos nosotros: Porque escrito está: Alégrate estéril, que no pares; prorrumpe en gritos de júbilo tú que no eres fecunda; porque son muchos mas los hijos de la que ya estaba abandonada *por estéril*, que los de la que tiene marido. Nosotros, pues, hermanos, somos los hijos de la promesa, figurados en Isaac. Mas así como entonces el que habia nacido según la carne, perseguía al nacido según el espíritu, así sucede también ahora. Pero ¿qué dice la escritura? Echa fuera á la esclava y á su hijo; que no ha de ser heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre. Según esto, hermanos, nosotros no somos hijos de la esclava, sino de la libre, y *Jesu-Cristo* es el que nos ha adquirido esta libertad.»

S.—Teme y adora; ama y espera. Hé aquí, *Agar*, el acento de las conversiones. ¿Conoces ya por dónde iban las aguas? ¿Vislumbras los designios de Dios? ¡Cuántas herencias mal gastadas! ¡Cuántos dones disipados! ¡Qué valor tan subido el de las humillaciones! No somos hijos de la esclava los antes despreciados, sino hijos de la casa libre. Los hijos de fuera pagan tributo? ... Los de fuera. Luego los propios son libres, con libertad conquistada por Jesucristo. Con la Iglesia y por la Iglesia; no por la Sinagoga. Ya lo ves, *Agar*. Desde muy temprano juntos anduvieron la carne y el espíritu y con todo guerrearon y no se entendieron. Pero sabe tú que el espíritu vivifica, la carne y la letra matan.

A.—¡Agudeza terrible la tuya, Saral! Con desplegar los labios inquietas mi corazón y mortificas mi espíritu. Hablando como en sentido de Sibila, tus sentencias son dardo cruel que traspasa mi corazón, ¡ah! no tan insensato como he aparentado tenerlo, y como se ha creído que era. Los momentos de embriaguez pasan luego; y al volver del frenesí, que la el alma entre aletargada y herida de muerte. Enseguida viene el dolor de los desengaños, seguido de una soledad que espanta. Todo el mundo huye de la desgracia, la cual no puede huir de sí misma. Cuantas veces pensé en sobreponerme á las angustias, otras tantas caí desfallecida. Nada he aprendido sino á llorar, y el llanto es maestro en punto á insinuarse. Después de todo, vale mucho llorar, porque son desahogo lágrimas á tiempo. El lenguaje del penar tiene sus formas en el llanto, y él también forma el del amor y de la gratitud. Pero ¡ay! De esto no entiende la estupidez, fruto insípido de los estragos. Quienes corrian conmigo las vías del pecado, ó bien acabaron por abatimientos ó vinieron á dar en imbecilidad lastimosa. Sin embargo, veíamos y no aprendimos á volver ni á detenernos. Tenía nuestra vida la irregularidad de un infortunio sin nombre. Sentir que el alma se angustia, conocerlo y procurar fomentos al pesar, es cierta manera de suicidio. ¡Adiós! No puedo mas. Voy despedida.

† ANTON, ARZOBISPO DE VALENCIA.

ROMA.

La Misa del Papa.—En lugar de la

Misa propia de la Dominica XIX después de Pentecostés, correspondiente al domingo 30 de Setiembre último, se ha celebrado en todas las iglesias católicas del universo el oficio y Misa de *Requiem* por las ánimas del Purgatorio.

En San Pedro han asistido treinta mil personas á oír la Misa celebrada por Nuestro Santísimo Padre Leon XIII.

Desde las ocho de la mañana la Basílica estaba completamente llena. Para la aristocracia romana y el cuerpo diplomático se habían dispuesto dos tribunas. Los Cardenales en bancos cubiertos de paños de luto, colocados detrás del altar.

La concurrencia ha rezado el Rosario por los difuntos á las ocho y media, según el deseo expreso de Su Santidad.

El Papa ha salido á las nueve de sus habitaciones, á su paso, no ha cantado clara el *Tu es Petrus*; pero entusiastas vivas han resonado por los ámbitos de la Basílica. Al llegar al altar de la Confesion se ha revestido con los ornamentos sagrados para celebrar el Santo Sacrificio. El color de los ornamentos era violeta pálido, tirando á rojo, que es el color de luto para el Papa.

Después de la Misa ha recitado las oraciones acostumbradas, y ha oído una Misa celebrada por uno de sus Capellanes. Durante ésta se ha rezado otro Rosario por los asistentes.

Después el Padre Santo, despojado de sus ornamentos, y sólo con amito, estola y capa de color rojos y con la Mitra chapeada de plata, ha dado la Bendición ordinaria al tûmulo cubierto de paños negros, después que los cantores terminaron *Libera me*; por último, desde el

Trono ha recitado el *Pater noster* y ha hecho el asperges é incensado el túmulo retirándose en seguida á sus habitaciones, siendo de nuevo aclamado por la concurrencia.

Castigo y misericordia.

A los revolucionarios de una aldea en la que se veneraba una antigua y bella estatua de la Santísima Virgen les pareció conveniente quitar esta imagen de su pedestal, lo cual ejecutaron prodigándola muchos insultos. En seguida, queriendo uno de ellos ostentar su celo, propuso precipitarla en un pozo. Fué acogida la proposición en medio del asombro de las personas honradas, y el inventor comenzó á efectuarlo con más ardor que todos los demás. Precipitose, pues, á la estatua, pero los gritos de alegría y de blasfemia duraron poco. El principal autor del sacrilegio perdió la vista repentinamente. Fué necesario conducirlo á su casa.

Tan rápido castigo no le convirtió; permaneció impío y ciego. Después de muchos años se restablecieron la paz y el culto. Sin embargo, la estatua permaneció en el pozo, y todas las personas honradas lo recordaban entristecidas. Un día les dijo el Párroco: «Amigos míos, es muy justo que hagamos reparación á la Santísima Virgen sacando su bendita imagen del pozo donde la hemos dejado arrojar....»

Conociendo todos que el Párroco tenía razón, se tomaron las disposiciones necesarias para ello, indicándose el día, que fué un día festivo. Hallábanse todos

los habitantes reunidos alrededor del pozo, excepto el Párroco que debía presidir el trabajo. Llegó, pero no iba sólo. Conducía de la mano á un ciego muy conocido y que no se esperaba ver en aquel sitio. En medio del murmullo, el Párroco indicó que deseaba hablar y no le fué difícil obtener silencio.

—Cristianos, dijo, este pobre ciego ha venido á mi casa esta mañana impulsado por sus remordimientos para obtener de mí y de vosotros una gracia que le he prometido en vuestro nombre. Desea humildemente que le permitais tirar con vosotros de las cuerdas que van á servir ahora para subir la estatua de la Santísima Virgen de este pozo donde hace diez años ayudó á precipitarla. Detesta su sacrilegio, del que ha sido justamente castigado, y pide perdón á Dios, á María y á todos vosotros. Puedo deciros que Dios y la Santísima Virgen le han perdonado; ahora os toca á vosotros, hermanos míos.

—Sí, dijo el ciego extendiendo la mano y llorando, pido perdón, pues no puedo descansar ni de día ni de noche. Mi conciencia me atormenta, pido perdón.

—...Sí, todo está olvidado; que venga, exclamó este buen pueblo con transportes de júbilo santo.

Acercóse el ciego hasta el borde del pozo y le colocaron en la mano la cuerda de que había tirar. Ya habían bajado algunos hombres hasta la estatua, que milagrosamente hallaron intacta. Atáronla fuertemente, comenzando el trabajo con el cántico de las letanías. Todo salió muy bien, subiendo la estatua sin ningún tropiezo. No bien se la vió aparecer se oyó

una explosión de regocijo; pero dominó á todos estos gritos de entusiasmo uno que los hizo enmudecer: era el ciego que de rodillas con los brazos abiertos repetía: ¡Veol ¡veol ¡veol! Acudieron en seguida; en efecto, veía, no era ilusión, veía y continuó viendo. Siguió sin guía la procesion que llevó en triunfo la estatua, desde el pozo á donde habia sido arrojada con la cuerda al cuello, á su sitio primitivo. Trabajó para restablecerla allí y aún vivió muchos años, testigo irrecusable de las misericordias de María.

LUIS VEUILLLOT.

LA JOYA MILAGROSA.

Fábula,

Hay, según los navegantes,
Allá léjos un país,
Cuyos pobres habitantes
Andan á todos instantes
Con sus bienes en un trís.

Ya un espantoso huracán
Hace en la cosecha riza,
Ya sepultura le dan
Las piedras, lava y ceniza
De un repentino volcán.

Los de ilustre jerarquía
Y los miseros gañanes,
Todos viven entre afanes,
Recelando cada día
Terremotos y huracanes.

Para auxilio en tales daños!
Entrega el comun Señor
Allí á cada morador,
Ya desde sus tiernos años,
Una joya de valor.

Y tales prodigios obra
La joya á los niños dada,

Que con ella todo sobra,
Y sin ella no se cobra,
De lo que se pierde, nada.

Sin embargo, aquella gente
Se echa tanto el alma atrás,
Que es la cosa más frecuente
Perder la joya excelente,
Y no recobrarla más.

Causará sin duda espanto
Su locura; pero ¡qué!
¿Nada igual aquí se ve?
¿No hacen muchos otro tanto
Con la joya de la fé?

Y sus luces, en verdad,
Son las que nos guían solas
A puerto de caridad
En la noche y en las olas
De la ruda adversidad.

J. E. HARTZENBUSCH.

PENSAMIENTOS.

Entre la soberbia y la vanidad hay una diferencia bastante profunda. El vanidoso se contenta con las apariencias de las cosas, mientras el soberbio necesita la realidad de todas sus ambiciones.

La vanidad es tonta; la soberbia es loca.

Dice el vanidoso: quisiera. Dice el soberbio: quiero.

La vanidad es el defecto de las mujeres, y la soberbia es el vicio de los hombres.

(Selgas.)

No sé cómo cada cual hará la cuenta de su vida, pero es lo cierto que, en la aritmética corriente, todo lo que se malgasta en la juventud, se tiene de menos en la vejez; porque vivir no es más que quitarse la vida más de prisa ó más despacio.

(Selgas.)

Imp. CATOLICA, Huerto del Rey 13.